

sacerdote, que entró precedido de don Anselmo.

La condesa hizo contrita su confesión, y la de una santa en la agonía no podía ser más pura.

El sacerdote abandonó la estancia con los ojos llenos de lágrimas.

—Tía mía... — dijo entonces Evangelina — ¿quiere usted llevarme á su casa de la aldea... para que pueda morir... donde... tan feliz he sido?...

Doña Catalina consultó á Luis con una mirada ansiosa.

—Aun podrá llegar á Aybar, madre mía—observó en voz baja el doctor.

—Mañana partiremos, hija amada—dijo la señora de Sandoval, abrazando tan estrechamente á Evangelina como si hubiera querido transmitirla toda su vida.

CONCLUSIÓN

Víctor y Lucía.

Una buena acción nunca
es perdida.
(PROVERBIO POPULAR.)

Un mes después exhaló la condesa viuda de San Telmo el último suspiro en el seno de su familia y reclinada en los brazos de Adoración. Su rostro quedó tan hermoso, que parecía que Evangelina estaba dormida en el sillón que fué su lecho postrero.

Evangelina quiso morir en el saloncito de labor, donde tantas veces había jugado al volante con Adoración, y donde ambas trabajaban en compañía de doña Catalina y de Víctor.

Sus últimas palabras fueron asegurar con los ojos clavados en el cielo y el semblante radiante de alegría que veía abrirse la azulada cortina del firmamento, y tras ella la gloria, desde donde sus hijos la tendían los brazos para recibirla.

Toda la familia había dejado ya la sala en que yacía el cuerpo helado de Evangelina; sólo Víctor y Lucía permanecieron arrodillados á sus pies hasta que la sacaron de la casa; el joven tenía los ojos secos y encendidos; la viuda de Antonio, con su hija en los brazos, y rodeada de sus otros dos hijos, lloraba amargamente, besando sin cesar las manos yertas de la condesa.

.....

.....

Transecurridos tres días, Víctor participó á su familia reunida que había resuelto casarse dentro de un mes; este anuncio, cuando acababan de terminarse los funerales de la mujer á quien tanto había amado, hizo temer á todos por la razón del joven; pero Luis, que al parecer estaba ya enterado de los proyectos de su hermano, les tranquilizó asegurándoles que su propósito era hijo de una madura reflexión.

—Sí—añadió entonces el pintor;—me caso con Lucía; no puedo pagarla mejor lo que ha hecho por el ángel que cuya pérdida lloramos; dándola mi nombre y mi mano seré el amparo de esa infortunada, y sus tres huérfanos encontrarán en mí un padre amante y generoso.

Doña Catalina abrazó estrechamente á su noble hijo y dió gracias al cielo de que le hubiera inspirado este pensamiento, porque, en efecto,

desprendiéndose de toda preocupación acerca del humilde origen de la joven viuda, no era posible encontrar una criatura más generosa, más amable ni de índole más dulce; la natural distinción de sus modales y la regular educación que aunque hija del pueblo había recibido, la hacían además muy superior á las demás mujeres de su clase.

—Con nadie—prosiguió Víctor—con nadie mejor que con Lucía podré hablar continuamente de Evangelina; porque Lucía es la única mujer á quien puedo hacer dichosa uniendo al suyo mi destino. ¿Qué otra admitiría, en cambio de su amor, un corazón desgarrado? ¿Cuál no tendría celos—continuó señalando á través del balcón abierto la losa que cubría los restos de la condesa—de ese sepulcro á cuyo lado quiero pasar mi vida? Sólo Lucía tiene bastante infortunio y nobleza para encontrar dicha en donde únicamente existirían motivos de amargura para todas las demás.

A los quince días siguientes, y á la caída de una hermosa tarde de Mayo, Adoración y Luis se despedían rezando del sepulcro de Evangelina; luego se levantaron, abrazaron á sus padres, á Víctor, á Lucía y á sus niños, que también estaban arrodillados detrás de ellos, y subieron á una silla de posta que debía conducirles á Madrid.

—¡Hasta que me traigáis un Luisito, hijos míos!—exclamó don Anselmo.

La silla partió, y doña Catalina abrazó cariñosamente á Lucía.

—Ahora, hija mía—la dijo—ya no me queda otra compañía que la tuya.

—Mi amor consolará á usted de la ausencia de mi hermana, madre mía—contestó noblemente la joven.

Doña Catalina, don Anselmo, Víctor y Lucía se dirigieron á la quinta; los dos niños saltaban delante, y su inocente alegría hizo asomar por fin una sonrisa á los labios de los ancianos.

.....

.....

.....

Desde entonces todos los veranos iban á Aybar Luis y Adoración; al anochecer, los buenos campesinos de aquellos contornos veían diariamente arrodillada junto á la losa que guardaba el cadáver de la condesa de San Telmo á una dilatada familia compuesta de dos ancianos venerables, cuatro hermosos jóvenes de ambos sexos y algunos niños; tres de éstos era hijos de Antonio; dos llevaban el apellido de Víctor, y los otros tres restantes eran fruto del amor de Luis y Adoración.

Víctor fué dichoso con Lucía cuanto podía serlo; esta amable y generosa joven cerró los

ojos de doña Catalina, y su dolor fué tan grande como el de Adoración, con la cual la unió siempre la afección más tierna.

Víctor no quiso salir jamás de aquel rincón de Navarra; el mundo para él estaba en el sepulcro de Evangelina, en el amor de sus hijos y en la tranquila y sublime ternura de Lucía. Olvidóse completamente de la gloria que en sus primeros años tanto ambicionara, y su vida oscura patentizó bien claro que ese fantasma ilusorio se convierte en humo para los corazones que desgarró el pesar.

FIN

